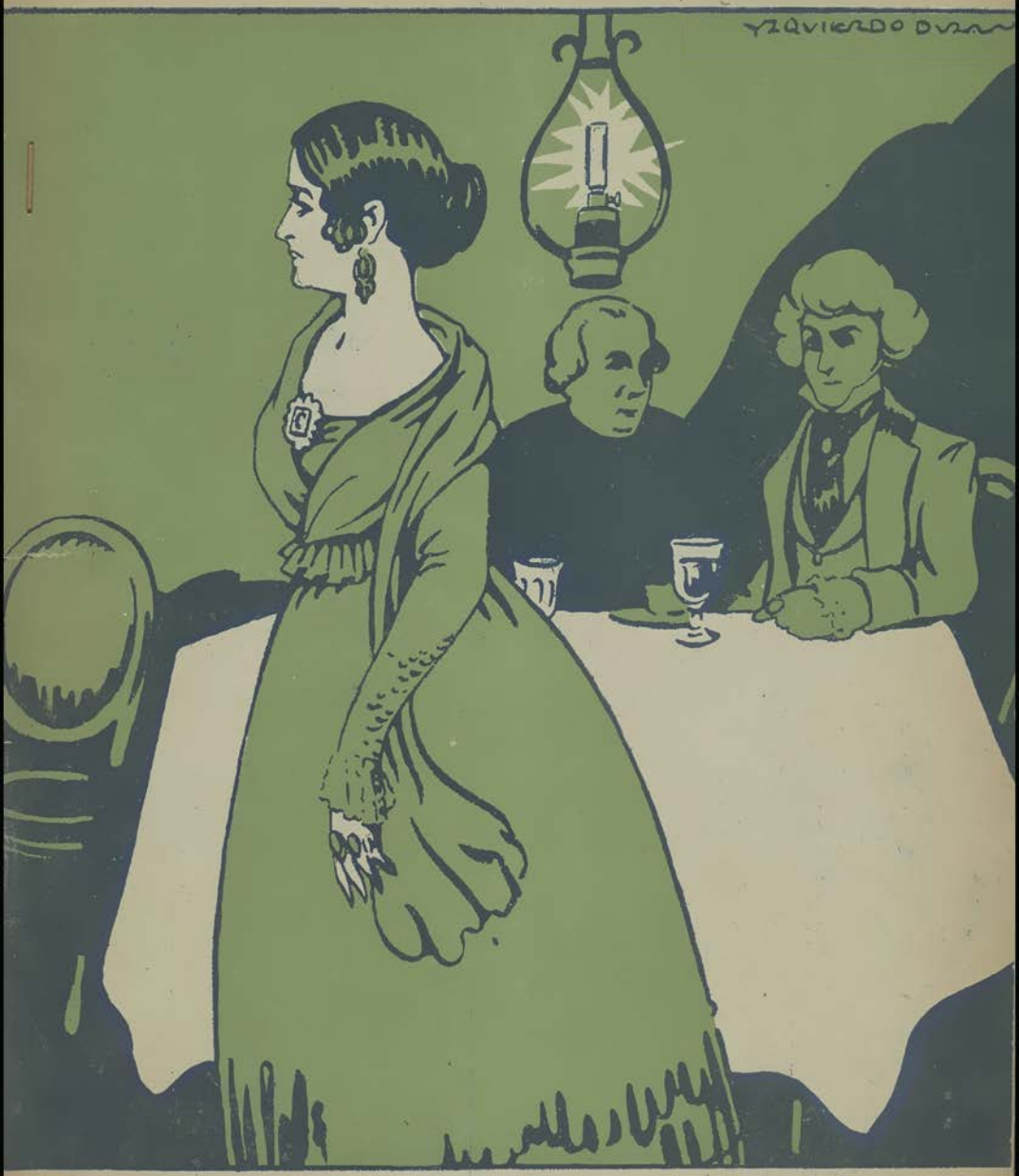
Los Contemporáneos



EMPEZÓ POR UNA APUESTA

Número extraordinario

NOVELA POR

DIEGO SAN JOSÉ

10 Cénts.

PILOSUBLIMADO

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la **Calvicie**, la **Tiña Pelada** y las **Canas**. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA

La idea más cabal de la belleza
que dan nuestros productos PECA CURA,
la tienen los artistas de nobleza
que reflejan tan fina gentileza
con el arte inmortal de la pintura.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color moreno (siete matices) rosa o blanco, 2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 ptas., según frasco.

PROBAD los jabones, PROBAD los polvos color moreno (siete matices), rosa blanco, serie "*Ideal*", perfumes: ROSA DE JERICÓ, *Admirable*, MATINAL, *Rosa*, GINESTA, *Chipre*, ROCÍO FLOR, *Mimosa*, VÉRTIGO, ACACIA, MUGUET, *Clavel*, VIOLETA, *Jazmín*, 3 pesetas pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los supera, NINGUNO los iguala en perfume, clase ni presentación. Ultimas creaciones de **CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA**

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

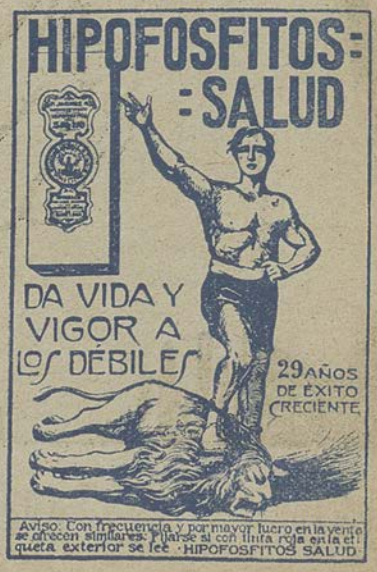
Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

Lea usted:

Alrededor del Mundo

25 céntimos



Los Contemporáneos Año XI.—Núm. 537
17 Abril 1919

DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

EMPEZÓ POR UNA APUESTA

I

LA FONDA DE "EL CABALLO BLANCO"

Por los años fernandinos de 1829, andaba aún Madrid, menos que en mantillas con respecto a una de las más ensenciales obras de misericordia; la de dar posada al peregrino, entendiendo por tal, no al infeliz tocado de la monomanía fanática, o al vago que se ampara en la devoción para andar a la gandaya y la briva, sino al forastero que asienta en un punto, por achaque de sus negocios, o satisfacción de sus caprichos.

En toda la corte, dejando a un lado las casas de huéspedes en familia, que ya comenzaban por el entonces, no había más que tres fondas medio decentes, la de *Genieys*, en la calle de la Reina, *La Peninsular*, en la de Alcalá, y la de *El Caballo Blanco*, en la del Carmen.

La de *Genieys*, venía a ser lo que ahora el *Ritz* o el *Palace*, sólo para gente adinerada. Según el testimonio de *Fígaro*, era *preciso comer de seis o siete duros para no comer mal*. En ella se hospedaba Rossini, que era mejor gastrónomo que músico, y en ella los más notables personajes que por aquel tiempo venían a la capital de España.

Los contados banquetes de "campanillas", que aún no eran lamentable plaga como hoy, en aquel estrecho e incómodo establecimiento se celebraban. Allí comieron infinitas veces Salamanca, Osuna, el marqués de Molins, el duque de Rivas, y cuantos eran la espumilla y flor de la política, el dinero y el ingenio sin bohemia.

Era de muy buen tono el comer en

aquel bodegón con honores de gran hotel.

Cierto que nuestros fenecidos abuelos no debían de ser muy descontentadizos para la comodidad, y tenían sin duda por fiesta bullanguera el comer fuera de casa, porque no de otra suerte se explica la vida de aquellos destartalados y lóbregos establecimientos por gente que no fuese forastera.

El comer de fonda, y el ir al Real Sitio (que con sólo decir de esta suerte ya se sabía que era Aranjuez), sin que ni siquiera se pasase por la memoria, los de *La Granja*, o *Ríofrío*, ni aun *El Pardo*), era el prurito de la gente burguesa de aquel tiempo.

¡Ahí era nada el poder darse tono de haber comido en *Genieys!* Se miraba en más que ahora comer en el *Palace* o en el *Ritz*.

Poco tiempo después comenzaron a instalarse restaurants y hoteles al uso de Francia, que siempre la moda, en todo nos llegó de allende el Pirineo, y la famosa fonda de la no menos famosa calle de la Reina, comenzó el fin de sus espléndidos días.

La de la calle del Carmen, ya correspondía a gente más modesta, aunque no tanto que pudiera clasificarse entre la menestrala; hidalguillos y mercaderes provincianos que venían a Madrid más por exigencias de sus intereses que por su gusto, bien que entonces no podíase venir a la corte con el sólo objeto de echar a una cana al aire ni de pretender, esto no quitaba que la *populosa* y cortesana villa estuviese (ni más ni menos que ahora) llena de gente holgona, de pretendientes y de mendigos.

Siempre la capital de un reino parece como el vertedero de las provincias, ni más ni menos que si ella por tener títulos de hermana mayor hubiera el ineludible deber de albergar y mantener a todo el que llega a ella, pero de todas las del mundo, entiendo que la más castigada es este Madrid nuestro, calumniado luego por los mismos que vienen á él motejando a la villa como caja de Pandora, y a sus hijos como bobalicones y vagos.

Se piensan los de Vicálvaro para abajo y los de Aravaca para arriba, que aquí no hay más de dar con el pie en el suelo y como por arte de magia comienzan a florecer prebendas y canongías. Mas buenas tales nos dé Dios, que más esquilmado tienen ésto ellos que los madrileños, pues que vienen como segadores a llevarse la poca ventura que pueda alcanzarse por ser esta tierra corte de las Españas. Y por esto de no acaecer el estar repartidos los cargos de pingües rendimientos entre los naturales, nos tienen en poco.

De esta codicia por trasladarse a la corte, dejando desamparadas las provincias, vino el que antaño tomáranse aquellas medidas, de no consentir pasar el puerto de Guadarrama, sin un motivo justificado, y luego de ello, no aposentarse en Madrid por más de dos meses...

El conseguir un pasaporte para entrar por cualquiera de las infinitas puertas de Madrid, era casi tan difícil como alcanzar una canongía.

Forzoso es decir que esto lo mandaban no tanto las ordenanzas municipales, para impedir que viniesen de fuera a embarazar la vida matritense, como los miedos del gobierno de Calomarde y las arbitrariedades del señor Zorrilla, superintendente general de policía, y padre del insigne poeta que inmortalizó en las Letras Castellanas al aventurero *Don Juan Tenorio*.

Digo, pues, que en la posada de la calle del Carmen, con honores de humildísima fonda, asentaba de ordinario la gente burguesa, que fluctua entre la aristocracia y el pueblo.

Gente sencilla y de buena pasta, que tiene por todo lujo, la comodidad y el buen trato de su persona.

El local destinado a comedor era lóbrego y mal acondicionado; durante el tiempo que duraba la comida (que por el entonces no se había hecho costumbre francesa, aun habiéndonos atacado ya muchas cosas de Francia, el llamar almuerzo al yantar del medio día), alumbraban la estancia unos farolillos de aceite, que daban a la estancia el aspecto de capilla.

Pero menos mal, que si la comodidad era escasa, la vianda no lo era del todo, ni tampoco de subido precio. Si para comer regularmente en *Geneys,* era preciso gastarse siete u ocho duros, en *El Caballo Blanco,* por catorce reales, podía quedar medio satisfecho un ciudadano de buen diente.

Claro es que no podíansele pedir finuras al mozo, ni primores al cocinero; la sopa solía estar tan caliente que podría escaldarse en ella un pollo, o tan fría que pudiera servir de refresco en el estío, pero era buena y veíase que estaba condimentada con muy sólidas substancias; el cocido componíanle ventrudos garbanzos de Castilla, patatas nuevas, cuando las había, un despojo de gallina, falda de vaca, un buen porqué de jamón, y un razonable trozo de chorizo; no faltaba la *pelota,* de carne rebozada, y para principio solía haber unas magras con tomate o una chuleta de ternera; todo ello convenientemente remojado con un espeso vinillo manchego que hacía llamar de tú al mismísimo superintendente general de Policía.

***

En el momento que se comienza nuestra narración, son las ocho de una fría noche del mes de Diciembre.

Los quinqués que alumbran el comedor de *El Caballo Blanco,* parece que participan del frío que siéntese en la calle, el cual no son bastante a disipar los dos enormes braseros que hay colocados en el centro.

Un enorme gato duerme enroscado en la tarima que sirve de base a uno de los dos recipientes de fuego.

Los huéspedes y comensales se han ido retirando, unos a sus aposentos y otros hacia la calle, porque es necesario saber que la fonda de *El Caballo Blanco,* admite en su comedor lo mismo a la gente que se hospeda en ella, que al transeunte que por costumbre, por capricho o por necesidad, tiene que comer fuera de casa. Aunque el comer de fonda dejábase para los días que repicaban gordo, y haciendo un grande sacrificio pecuniario, iban las familias en pleno.

Hoy cualquier chisgarabis de poco más o menos, come de fonda, teniendo en su casa mesa y mantel, sin dar al caso más importancia que si entrara a tomarse un refresco.

Aquellos tiempos eran otros. La Libertad en todos los órdenes de la vida, cuando no era un pecado, acaso un delito, era una falta de desaprensión.

En una mesa que está al fondo de la sala junto al modesto aparador, en donde como emblema hay una docena de platos casi nuevos, y unas fuentes de Talavera, más dos fruteros de procedencia inclusera, terminan con los postres dos individuos.

El uno es sacerdote, como de cincuenta años; tiene recia complexión y simpático rostro, tócase con un gorrillo de seda negra; muy pacienzudamente parte piñones con un cascador, atendiendo de tiempo en tiempo a un cigarro de dos cuartos, que mientras come y parte deja humear en los bordes de una copa tallada.

El otro es un hidalguillo como de treinta años, tiene buen porte, y sus maneras son distinguidas. Por la destemplanza de la temperatura no se ha

quitado un carrick color ceniza, de tres esclavinas; sobre una silla tiene el descomunal tubo de pelo que llaman sombrero de copa alta.

La charla parece muy amigable, aunque no de extrema intimidad, porque según despréndese de ella, no ha muchos días que son amigos; les ha unido la camadería de hospedaje.

Siguiendo el diálogo de entrambos puede llegarse al conocimiento de sus personas, y ello será de mucho provecho para el buen curso por las veredas de esta desenfadada narración:

—Mala noche se le hace a Grimaldi, aunque *La Pata de Cabra* es imán que le lleva a la gente como van los ríos hacia la mar.

—Más de cuatro veces la he visto yo, y si Dios me da salud pienso verla otras tantas antes de partirme para mis tierras de Burgos.

—Pues, qué, ¿ya logró su conveniencia?

—Ya, y bien me ha costado sudarla, pero conseguí al cabo la liquidación de aquellas dehesas, y allá me vuelvo a mi rincón con la talega llena de onzas.

—Luego, ¿ya cobró su merced?

—Esa diligencia no será hasta mañana a las once.

—Que sea enhorabuena, y vaya otra copa en celebración de su buen logro, que en Madrid sabe uno cuando viene a pretender, pero nunca cuándo acabará la pretensión. *El vuelva usted mañana* debiera grabarse por lema en el escudo nacional.

—Dice usted perfectamente, señor mío.

—Conozco muy bien la vida de la Corte. Me refiero a la vida que pudiéramos llamar burocrática exterior. He corrido mucho por antesalas de ministerios y de gente de influencia.

—Cierto, es el país de la eterna espera.

—Para el asunto más baladí le tardan a usted meses y meses.

—Y así ha ocurrido más de una vez, que antes de despacharse la solución de un asunto, se le acababa al pretendiente la licencia de estancia, y como no tuviese amigos que le quieran servir, hubo de tomar la vuelta a su provincia si no quiere sufrir todo el rigor del señor intendente. Y el caso es que a mí me gusta esta tierra, que es alegre, sencilla y hospitalaria para todo forastero, y me agradaría venir a ella sin preocupaciones, ni negocios; para divertirme.

—Es únicamente como se puede venir aquí. Aunque yo por mi estado eclesiástico no soy voto de calidad en la materia.

—Ahora con la cuarta boda del rey (q. D. g.) (y ambos se descubrieron a la evocación de Su Majestad, aun cayendo en persona tan deleznable y poco merecedora de cortesías como Fernando VII), es tiempo de no desperdiciar la ocasión.

—Se hará lo que se pueda, aunque no será mucho...

Llenaron las copas, y luego de chocar las bebieron hasta no dejar gota.

Prosiguió la charla.

—Y dígame, señor Don Joaquín, ¿vale ciertamente la pena esa *Pata de Cabra?*, lo digo no tanto por la intención de ir a verla, como porque deseando yo venir a Madrid, donde no había pisado desde que vino de Francia nuestro amado monarca (nueva salutación), y no teniendo pretexto justificado, di como razón para que me visaran el pasaporte, el venir a ver tan famosa comedia, y así va puesto en el dicho documento. Pasa a Madrid para ver *La Pata de Cabra*.

Rióse de esto el del carrick, a que el clérigo le atajó diciendo:

—Ríase su merced cuanto quiera, pero es lo cierto que éste es uno de los motivos ineludibles porque pueden venir los provincianos a la corte. Sé de muy buena tinta, que el señor intendente lleva autorizados más de 72.000 pasaportes con tal objeto.

—Pues, sí, señor cura; no dudo en recomendarle que cualquiera destas noches, se despoje de sus hábitos, se vista de paisano, váyase al Corral del Príncipe, tome dos lunetas para usted y su sobrino, y vaya a reirse con las desventuras de Don Simplicio Bobadilla Majaderano y Cabeza de Buey. Es más, si usted quiere, le convido esta misma noche; dándonos un poco de prisa, aún llegamos a tiempo.

—No, hoy no. Mi sobrino no ha llegado todavía, y de ir quiero que me acompañe; como mozo que es, se divertirá más que yo.

—Podemos esperarle andando, como quien dice, en lo que usted se avía puede llegar él.

Y como si obedeciera al conjuro de la prodigiosa *pata*, apareció el sobrino de su reverencia. Don Joaquín púsole en autos de lo que se trataba, y en lo que cenaba dispuso que el tío convirtiérase de ministro del Señor en simple seglar, con levita entallada, sombrero de copa y capa de cuello alto.

Pocos minutos más tarde salían todos tres hacia el coliseo del Príncipe.

***

Mientras los tres camaradas de hospedaje caminaban al ansiado lugar donde prometíanse transcurrir unas horas agradables, el llamado Don Joaquín, que era por extremo hablador y no estaba mal enterado de las cosas, pues era hombre de claro y recto juicio, se creyó en el caso de hacer a sus acompañantes una especie de disquisición preparatoria acerca de las comedias de magia, y así les habló desta suerte:

—Entre nosotros, este género dramático es casi tan antiguo como el teatro mismo, pues que en los albores de éste hubo su origen.

"Cervantes en el prólogo de sus comedias, dice que las trajo el toledano Pedro Navarro, pero lo cierto es que su verdadero encauzamiento nos llegó de Italia por arte y maestría de aquellos tramoyistas Antonozzi y el Vaggio, que prepararon las más famosas representaciones de nuestros ingenios en las magníficas, cortesanas y memorables fiestas de El Buen Retiro...

"Ya en las comedias de Santos tan en boga en el siglo XV, usábase de lo sorprendente y sobre natural, haciendo aparecer a los ángeles entre pomposas nubes y al genio de Satán por escotillón, rodeado de fuegos de artificio.

"Más adelante, ideóse el que hablaran los animales y aún los frutos, las flores y los astros.

"La tramoya, hacíase cada vez más complicada, y así en mares pintados bogaban prodigiosas naves de extrañas y complicadas figuras.

"Quienes parece que en este tiempo llevaron este género a su mayor auge y prestigio, fueron Don Pedro Calderón y Don Antonio de Solís, entrambos clérigos como su merced y como sabe muy bien su merced.

"Por los años de 1635, estrenó el primero en el dicho real sitio de El Buen Retiro, su famosa comedia *El mayor encanto, amor*, de juego escénico tan numeroso y complicado, que al publicarse el libro, fué preciso insertar una larga y minuciosa explicación.

"Puede decirse, que Solís fué en su tiempo el ingenio por excelencia de las magdas, pues ayudado por el arquitecto Carbonel y los ya mencionados tramoyistas hizo verdadero derroche de prodigios y apariencias, en sus obras intituladas: *Tiempos de Amor y Fortuna, Erudice y Orfeo*, y *El Alcázar secreto*.

"No menos afortunados fueron Salazar y Torres, en *La mejor flor de Sicilia, También se ama en el abismo, El mérito es la corona*, y *El amor más desgraciado*.

"Diamante rindió un tributo al género, con las zarzuelas, *Lides de amor y desdén*, y *Júpiter y Sénole*.

"El siglo XVIII fué el más afortunado, si no en la calidad, en la cantidad de este número de producciones.

"Tanta privanza tenían el inocente gusto del público y en el pedestre meollo de los autores, llegaron a hilvanar y corcusir series larguísimas, como aquella de Cañizares, *El asombro de Francia, Marta la Romasantina*, que formó un ciclo de más de ocho partes, compuesto por distintos ingenios, entre los cuales se halla el glorioso Don Ramón de la Cruz.

"Comenzóse este siglo con el repuesto del siglo anterior, más una nueva que llegó en 1816 de la Corte de Francia, titulada *Le pied de Mouton*. Hasta 1825 estuvo representándose infamemente traducida; paró mientes en ella Don Juan de Grimaldi y acomodándola a usos y tipos españoles, tanto que puso la acción en Zaragoza, reestrenándola con el título de *Todo lo vence el amor* o *La Pata de Cabra*, y es esta con que nos vamos a entretener ahora, si Dios es servido..."

***

Con tanta boca abierta quedaron el buen clérigo y su sobrino de la erudición del señor Don Joaquín, y si no hicieron laudo alguno, fué porque en aquel instante separábase de ellos, para llegarse al despacho y pedir tres lunetas, y tras adquirirlas entráronse a toda prisa, porque la función estaba a punto de empezar.

II

EL PRESTIGIO DE "LA PATA DE CABRA" Y LA TRANQUILIDAD DE LA VILLA

En efecto, cosa notable era el prestigio conseguido por *La pata de cabra*.

A pesar de lo desapacible de la noche, que no convidaba a salir a la calle, el viejo coliseo del Príncipe disfrutaba de un lleno formidable; apenas veíase un palco vacío y una luneta sin ocupar.

Grimaldi había acertado, como si le hubiera correspondido el premio mayor de la lotería (costumbre que nos trajo de Nápoles el señor rey Carlos III), con adaptar del francés a la escena española *Le pied de mouton*.

La acogida que tuvo la divertida

pieza de magia por nuestro público excedió a todo cálculo, pues por más de tres años seguidos, durante las Pascuas de Navidad, el viejo corral donde triunfaron la *Ladvenant*, Eusebio Rivera, *La Tirana*, Rita Luna e Isidoro Maiquez, se remozó con las gracias de Guzmán en el don Simplicio Bobadilla.

Grimaldi había venido a España con los cien mil hijos de San Luis, y aquí se naturalizó.

Halló desperdigados los restos de las compañías de Maiquez y Carret ro, entre los que había partes tan valiosas como Guzmán, la Llorente, Rafael Pérez, la Generoso, Fabiani, Pedro Mantaño Cubas, Caprara, Campos y Azcona, y con ellos hizo una formación que pareció muy bien al público, y desde el primer momento no dejó de favorecerle.

Fueron éxitos ruidosos en su repertorio de traducciones modernas *El hechizado por fuerza, Blanca* y *Mocasin*, pero todos quedaron en plano muy inferior ante el enorme triunfo de la famosa *Pata*.

El clérigo, a quien llamaremos Don Víctor Damián, el sobrino de éste, Andresillo, y el pretendiente Don Joaquín Medina, disfrutaron de lo lindo, no dejando de reir y celebrar uno solo de los muchos percances que le ocurren al bueno de Don Simplicio.

Acabó al fin la comedia casi al punto de las doce, y fuese, como dicen, cada mochuelo a su olivo, saboreando con mucho regodeo los mil incidentes e infantiles peripecias de la obra.

Cada uno de los tres amigos rebujóse como ovillo, uno en la flamante capa, y los otros en los correspondientes garriks bien reforzados de piel, y tomaron la vuelta a su hospedaje de *El Caballo Blanco*.

Como por la fuerza y tiranía del frío caminaban de prisa, tardaron poco en llegar.

Al cruzar en la Puerta del Sol, por la lonja del Buen Suceso, detuviéronse al divisar dos bultos en la penumbra, y aún Don Joaquín salióse en medio de la calle con previsión de sacar un arma.

Uno de los susodichos bultos destacóse en la penumbra en que estaba escondido, y con palabras tranquilizadoras dijo al receloso hidalgo:

—Téngase, caballero, y nada recele, que aquí estamos, no para causar daño, sino para la tranquilidad y sosiego de las gentes honradas, como lo parecen sus mercedes.

En efecto, el que de forma tan comedida hablaba, visto a la luz de un mortecino reverbero, puesto en uno de los pilarotes de la verja, trascendía desde cien leguas a polizonte. Tocábase con el inevitable y absurdo sombrero de copa, iba embutido en un largo levitón con esclavina, y llevaba en la diestra un grueso bastón de nudos.

El cura, que era hombre parlanchín y campechano, viendo que nada tenía que temer, acercóse y dijo:

—Para que a todos se nos pase el susto, mal que le pese a esta condenada niebla, vamos a echar un cigarro, señores policías.

Desembozóse y sacando una rica tabaquera de piel repartió sendos cigarros puros.

Echáronse yescas, y luego de que encendió cada uno, preguntóles Don Damián:

—¿Qué tal va el servicio?

El servicio no iba mal, si la noche no fuese tan perra, que aquellos tiempos de poco antes, en que apenas anochecido no se podía uno asomar a la puerta de la calle, porque tenía la pelleja a merced del primer facineroso que tuviese gusto en arrancársela, habían pasado ya, merced a la recia energía del señor superintendente.

Ya no había, como tres años antes, aquellas temibles partidas de la porra, que con pretexto de velar por la seguridad del rey absoluto, asesinaban a mansalva a los ciudadanos pacífi-

cos, y luego quedaban impunes de sus fechorías porque estaban resguardados por la plebeya camarilla del monarca.

Desde que el señor Zorrilla, que primero fué gobernador de Burgos y luego auditor de la audiencia de Sevilla, vino a ser el primer polizonte de Madrid, podía andar cada ciudadano por las calles como por los aposentos de su casa.

Aquellos mismos que creíanse protegidos antes, eran ahora ahorcados en la Plaza de la Cebada o en las afueras de la Puerta de Toledo, al otro día de cogérseles en algún desmán; y cuando a Su Excelencia veníale recomendación del rey o de los ministros para que torciese la vara, respondía con dejarla sobre la mesa. Era duro y enérgico, pero había puesto a Madrid como una balsa de aceite.

Bien podía decirse que en aquel caserón de la calle de las Huertas, esquina a la del Príncipe, donde estaba instalada la superintendencia general de Policía, asentaba la regencia del pueblo más que en el Palacio real.

Era hombre de notables despachaderas el señor superintendente.

Y aquí el policía, que sin duda era muy afecto a su jefe y acaso estuviérale muy agradecido, extendióse en elogios, y en referir hechos y dichos de su superior jerárquico.

Contó cómo acabó con los bailes de máscaras, que por entonces dió el soberano en la vena de suspenderlos, sin otra razón que la de no ser de su agrado, aunque el fondo los temía por miedo a las conspiraciones.

El monarca sabía que a pesar de la prohibición se celebraban en algunas casas de la grandeza, y llamó al Jefe de Policía para recriminarle. Este le dijo que de sobra tenía conocimiento de aquellas reuniones, pero dióle a entender que por la calidad de las personas que contravenían la orden érale difícil hacerla respetar. El monarca replicó que a la mayor brevedad se había de poner enmienda y enterarle de la causa, y en las altas horas de aquella misma madrugada se presentó en la cámara regia el superintendente, acompañando a la princesa de Beyra y a la infanta Carlota.

—He aquí, señor—le dijo al monarca, presentando a las damas—el por qué hay máscaras en Madrid, y sólo puede prohibirlas Vuestra Majestad...

***

El reloj del Buen Suceso, con una argentina campanada que rompió el silencio de la angosta plaza, marcó las doce y media.

Los huéspedes de *El Caballo Blanco* dieron el palique por terminado, y dando Don Víctor otros dos puros a los policías, para que los encendiesen con los de antes, despidiéronse muy corteses.

Poco después entraban en la fonda.

Un mozo somnoliento recibióles y dió a cada uno una vela de sebo encendida y puesta sobre una palmatoria de latón.

—Te hemos hecho esperar, ¿verdad, muchacho? — dijóle el clérigo, mientras tomaba la vela que le ofrecía el sirviente. Este respondió:

—No, señor; nunca me acuesto antes de la una, por si viene algún viajero; como las postas siempre llegan retrasadas...

—Y, qué, ¿ha venido alguien?

—Sí, señor, un lechuguino de Cádiz.

Tras esto diéronse las buenas noches, y recogióse cada uno a su aposento.

III

EL LECHUGUINO DE CÁDIZ

A Don Víctor Damián se le pegaron las sábanas.

Como no tenía costumbre de trasnochar, sin duda que le causó efecto la velada.

Al sobrino, como más joven y fuerte, no le hizo mella alguna y a las diez echóse a la calle y fuese hacia Palacio a presenciar el relevo de la guardia, que es atrayente espectáculo de la gente forastera.

No poco trabajo costóle cruzar por el desierto lodo que circundaban la regia mansión, que desde que a Pepe *Botellas* ocurriósele proyectar una gran vía, que habría de partir desde el mismo Alcázar, estaban aquellos lugares desmantelados, pues hizo tirar más de cincuenta casas que formaban tortuosas e inmundas callejas.

El hidalgo Don Joaquín de Medina también salió relativamente temprano, pues que a las once da la mañana habría de estar en la Secretaría de Hacienda a recoger el pago de sus dehesas.

Así, pues, nuestros amigos no viéronse hasta la hora de la comida.

Pusiéronse juntos en la misma mesa según tenían por costumbre, y como aquel día asistieron más comensales que de ordinario, fuéles forzoso recibir por compañero a otro sujeto que no era sino el lechuguino de Cádiz que, según referencias, llegó la noche antes, mientras ellos refocilábanse en el Príncipe con las gorjas de *La Pata de Cabra*.

La forzada camadería de la mesa, y el carácter abierto del recién llegado, obligóles muy pronto a hacer amistad.

Fué la primera pregunta de Don Víctor Damián:

—Y qué amigo, ¿usted también pasa a Madrid a ver *La Pata de Cabra*?

Como el hombre se extrañara un poco, entendiendo que las palabras del clérigo fuesen alguna muletilla de moda, pusiéronle al corriente, y entonces contestó:

—No, señor, no vengo para eso exclusivamente, pero la veré. Yo vivo en Cádiz, donde por la gracia de Dios y bienestar de mi casa, disfruto una buena posición; no conocía Madrid y pareciéndome vergonzoso a mi edad, que porque todo lo sepan ustedes, es de veinticinco años, determiné pasar a la corte con el pretexto de ventilar unos asuntillos de mi padre. Además, con licencia de usted, señor cura, dejo la tierra de María Santísima, porque allí no me tiene Cupido reservada ninguna novedad, he conseguido cuanto me he propuesto, y quiero probar si en Madrid tengo la misma suerte, pues las majas de aquí tienen fama, y quiero verlas y acosarlas de cerca.

Don Víctor hizo un gesto de bondadosa protesta.

—No se meterá usted de buenas a primeras, por el Lavapiés, ni el Barquillo—dijo uno de los que le escuchaban.

A que respondió el gaditano en plan de niño bonito.

—Me entraré por todas partes y yo le fío a usted desde ahora, que en todas me irá bien. Sin despreciar a nadie, soy yo mucho hombre.

—Usted sin duda no conoce a las cigarreras de por acá.

—¿Son por acaso más barbianas que las de Sevilla y Cádiz?, porque con aquéllas tengo yo hecha cada faena, que ni siquiera pienso hacer con las de aquí.

—Naturalmente.

—Eso ya lo veremos.

—Según eso, usted es el Don Juan de la leyenda, que ha resucitado en este siglo del *Trágala* y el *Himno de Riego* para asombrar al mundo?

—El día que se nos presente una mujer difícil a tiro, no tengo inconveniente en hacerle una apuesta buena a que es mía en menos de una semana.

El otro simuló un estornudo.

—Sin constiparse, amigo—respondió el irresistible,—que no hay nada abierto.

El que ponía en duda la maestría amatoria del recién llegado, cuando vinieron los postres, y la sala íbase quedando más despejada, acabó por trasladarse a la mesa en que aquél comía, y así continuó la charla más animada.

El clérigo no hacía más de oir, sin que de su rubicundo rostro desapareciera el gesto de piadosa conmiseración.

Para el gaditano, que dijo llamarse Don Gabriel de Ostolaza, no había virtud con faldas, ni mujer andaluza de fama, que no hubiese pagado almojarifazgo en el postigo de su capricho.

En cuanto llevara en Madrid no más de una semana, ya bulliría su nombre con espanto entre los padres y los maridos.

Una vez en Sevilla...

Y contaba una aventura con cierta aristócrata de alto copete, que según los vivos colores que daba a la narración, era punto menos que estarlo viendo.

La cosa hizo furor, y por no estar constantemente en la picota, hubo de abandonar la *perla de Andalucía*.

Y tras de aquel episodio, venía otro más difícil y sabroso con que sugestionaba a sus oyentes, porque la verdad era que tenía verdadera gracia para referirlos; tanta, que aquel intruso que comenzó siendo su adversario, acabó por ser un corifeo de sus varios poemas de amor.

Don Víctor creyó que era llegada la hora de poner término a la academia pecaminosa, y al mismo tiempo que se levantaba, dijo:

—Vaya, señores, ya hemos dado bastante recreo al demonio, demos ahora un poco de pleitesía al Señor, que nos consiente estas horas tan mal empleadas.

Rezó un Ave María, besó el pan, y patrialcalmente dió a todos su bendición...

IV

UN PASEO POR EL PRADO

El día siguiente amaneció despejado, lleno de sol, como si más que de crudo estío fuéralo del apacible otoño.

En todo el cielo no se columbraba la más ligera nubecilla. Había sido un cambio de temperatura muy brusco, de éstos que son tan peculiares en Madrid, y para cuyo aguante se ha menester una salud de hierro.

Luego de la comida, propuso Don Víctor a sus amigos de mesa salir a disfrutar de la esplendidez del día; a buen seguro que no presentaríanse muchos como él en lo que del invierno restaba.

Don Joaquín de Medina dice que le agrada la idea, porque el paseo del Prado tiene para él el encanto de que en haciendo buen tiempo se encuentra a todo el mundo, y holgaríase mucho de ver a cierto paisano que debíale un dinerillo.

El sobrino de Don Víctor se alegraba porque así oiría el alegre reloj de San Fermín, que tocaba un minué al marcar las horas, y tendría ocasión de ver algún *tutti li mundi*, en los que se admiraba con tanta verdad como si se anduviera por ellas, las naciones extranjeras, como París, Londres, Viena, Berlín, y la gran república de Andorra.

Don Gabriel de Ostolaza se congratuló de hallar ocasión para poner cerco a las hermosas madrileñas. Otro día irían al Salón de Oriente, tenía noticia que acudían a él las damas más hermosas de la corte.

Embocando en la Puerta del Sol, y entrando en la Carrera de San Jerónimo, aunque iban muy despaciosamente, pues ningún quehacer les esperaba, dieron presto en el bello paseo que aún vivía su prestigio en las anteriores centurias.

***

El anchuroso Salón del Prado, que un alcaldillo de estos tiempos ha hecho desparecer bajo un pobre remedo de centro de mesa, era por el entonces, y fué antes y después ha sido, el paseo preferido de los madrileños.

Las famosas *rúas*, que en el siglo XVII, celebrábanse en la calle Mayor, donde acudían damas y galanes después de misa de doce y luego de la siesta, habían remitido a este

anchuroso recinto que era como escaparate de toda suerte de gentes.

Allí veíase en su carretela abierta a la aristócrata linajuda, que a través de su lente examinaba a los de a pie con la misma prosopopeya y empaque que si hubiesen la desgracia de ser sus vasallos.

A la hermosa entretenida, que con el lujo de su berlina y los afeites de su cara y el aderezo de su persona, desafiaba la atención de todos.

El coche charolado de la señora ministra, que como es uso y costumbre, aprovechaba esta comodidad del cargo de su marido, sin que tenga que poner su coste en el presupuesto de la casa.

Veíase, en fin, al bolsista, en su birlocho, al médico en su cabriolé, y entre todos desentonaban las viejas naves amarillas del calesero *simón*, sirviendo modestamente a quienes no podían o no querían permitirse el lujo de tener coche propio.

***

Don Joaquín, por ser forastero en Madrid no sabía grandes cosas y circunstancias de la Corte, que de haberlas sabido sin duda alguna que no desaprovechara la ocasión propicia de hacer a sus acompañantes alguna notable referencia del Paseo del Prado.

Hubiérales dicho que antaño era la alameda del vecino monasterio de *Jerónimos*, y que en la dorada centuria décimo séptima, fué lugar preferido para verse damas y caballeros, no siendo como ahora el sitio de preferencia el emplazado entre las fuentes de Neptuno y Cibeles, sino el comprendido entre los jardines del duque de Lerma y el Hospital de Atocha.

Mereció siempre notables encomios de los poetas y costumbristas, aunque en verdad no fué con mucho motivo.

Diríales que el maldiciente conde de Villamediana hizo aquella desaprensiva sátira como todas las que salieron de su pluma.

«Llego a Madrid, y no conozco el Prado
»y no lo desconozco por olvido,
»sino porque me consta que es pisado
»por muchos que debiera ser pacido.

Y el ingenio portentoso de Lope de Vega, también tuvo un rasguño picaresco y sutil en aquella redondilla:

«Los prados en que pasean
»son y serán celebrados;
»Bien hacéis con hacer prados
»Pues hay para quienes sean.

Diríales que antes tuvo notables y bellas fuentes, por el loable recuerdo que trajo el primer Borbón de la corte de Versalles, que estaban puestas en la calle de Trajineros, a la espalda del convento de Jesús, en la esquina del palacio de los duques de Medinaceli, al comienzo del jardín de Villahermosa, junto a la iglesia de San Fermín, cerca a la calle de Alcalá, y en el lado opuesto, al comenzar la cuesta de los Jerónimos, frente al palacio del marqués de los Balbases y cinco más, al lado de la Huerta del Rey.

Diríales, que en tiempos de Carlos III siendo ministro el conde de Aranda, merced al proyecto del capitán de ingenieros Don José Hermosilla, se comenzó la urbanización del paseo, teniendo que luchar más que con los inconvenientes del terreno, y no eran pocos, con la barbarie de quel populacho, que deshacía por la noche las obras ejecutadas durante el

día. No hay que olvidar, que era la gentuza que rompía a cantazos los faroles de Sabatini, y se amotinaba contra los primeros carros de la limpieza.

Hasta razón tenía aquel buen rey cuando decía: "que el pueblo de Madrid era como los niños que lloran cuando les limpian"...

Hablaríales de las innumerables fiestas y ruadas que celebraron durante el reinado de Felipe II; las miles de pendencias y desafíos que se ventilaron detrás del juego de pelota.

En fin, que amenizaríales la tarde con su amena charla, pero el hombre, como hidalgo provinciano, sabía poco de las cosas particulares de la Corte, y así no pudo decirles nada de esto.

***

Los huéspedes de *El Caballo blanco,* por mejor disfrutar de la tarde apacible y de la revista de los paseantes, entraron y salieron a pie en el anchuroso salón.

Don Víctor iba a medio embozar, sacando la diestra por el embozo, y con la canal muy echada para detrás.

Era la misma estampa de aquel otro clérigo, insigne poeta, que se llamó Don Juan Nicasio Gallego.

Don Gabriel de Ostolaza, mirando impertinente a toda mujer que pasase junto, no cesaba en su manía de que todas eran fáciles.

Con más de cuatro dijo haberse entendido por señas al cruzarse, y que a la tarde siguiente volvería para asegurar la conquista.

De otras decía conocerlas desde Cádiz o Sevilla y que en la milicia de su corazón habían sido ya licenciadas.

Don Víctor amonestábale:

—Hombre de Dios, ¿no tiene usted otra tocata en su organillo?

Pero el otro respondía con una chanza en la que aseguraba que lo único interesante en la vida eran las mujeres, y que luego de ellas, nada, puesto que de ellas nacíamos y tras ellas nos pasábamos la vida hasta dar en la Muerte, que también era mujer; el cura terminaba por callarse y dejarle como cosa que no tiene remedio.

Don Joaquín y el otro camarada de mesa le objetaban:

—Lo único inadmisible de sus teorías, es el que no haya para usted ninguna honrada; esto, mi querido amigo, convendrá usted en que es un poquito fuerte...

—Hago siempre--respondía Ostolaza, — la salvedad debida a nuestras madres, y nuestras hermanas, y esto más que por sincera convicción, porque no es para uno, muy honroso que digamos, el ponerlo en duda; pero en cuanto a las restantes, nunca tendrán más honra que la que nosotros queramos dejarles; además, como se la han puesto donde se la han puesto, a poco que se descuiden, se les va.

A este tiempo cruzó ante el grupo una bizarrísima hembra, del brazo de un caballero que parecía muy poca cosa para ella.

Ostolaza la flechó con una mirada impertinente; el marido pareció no advertirlo. Después de que hubieron pasado, exclamó Don Joaquín, con el mismo entusiasmo que hubiera empleado un chalán para elogiar una hermosa caballería.

—¡Buena jaca! Se ha *timado.* ¡Como todas!

Ante la desvergonzada suposición del Tenorio de oficio, pues ninguno había observado que la dama hiciera ademán ni en pro ni en contra, rompieron a reir como si estuviesen viendo una vez más los apuros de Don

Simplicio Bobadilla y Cabeza de Buey.

Ostolaza se amoscó un tanto.

—No sé por qué poner en duda lo que yo digo y que, además, no tiene nada de extraño. ¿Podría la infeliz hacer otra cosa? Sí, señores, me ha mirado, y como yo tenga la suerte de verla otra vez, ya les diré a ustedes al poco tiempo, cómo son los interiores de ese palacio.

Se vió en esto un gran revuelo de gente que acudía presurosa hacia el paseo de coches. Todos decían: Que viene el rey, que viene el rey.

El acontecimiento cortó la controversia femenina de Ostolaza y sus amigos, y avanzaron para ver cruzar la carretela de Fernando VII, que a un trote corto pasaba por entre los demás coches.

La inmensa cara de Su Majestad tenía un gesto complaciente, bajo un fondo de melancólico hastío.

Charlaba con Alagón, que iba a caballo la lado diestro; detrás, en una berlina, iban Chamorro y Ugarte, y según lo finchado y grave de sus plebeyas personas, más parecían ellos los monarcas que el feble hijo de María Luisa y Carlos IV (con perdón).

El pueblo saludó a su rey con el afecto tan peculiar en España, y replegóse en seguida para proseguir el paseo interrumpido.

Don Joaquín propuso a sus camaradas alongarse hasta el café del *Tívoli*, que estaba a la subida del Retiro por la parte del Museo; allí tomarían cualquiera cosa para hacer tiempo hasta la hora de cenar.

No hiciéronse repetir la invitación, y allá fuéronse todos con muy buena gana, pues no parecía sino que el hidalguillo de Burgos había dado de lleno en el estómago de cada cual.

Don Gabriel hizo comentario de la llegada del soberano arrimando el ascua a su manía.

—No me parece que está Su Majestad para muchas corvetas, con la napolitana que ha elegido por esposa.

—¿También piensa usted hacerle de menos?—dijo el amigote pegadizo que entendía por el apacible y sosegado nombre de Don Tomás.

—No, porque no soy grande de Espada ni cosa alguna que me haga estar de contino en las antecámaras de Palacio, pero si fuera de esta suerte, haría usted muy mal en decírmelo en son de chufla—respondió Ostoloza.

—Señores, es cuanto me quedaba que oir — exclamó el otro haciendo grandes aspavientos de admiración.— Es usted el caso más notable y peregrino que he visto en todos los días de mi vida.

Habían llegado a los jardines del *Tívoli*, y poco después ocupaban todos cinco una mesa y cerraban contra cinco chocolates reforzados por sendos bollos de los reverendos Padres de Jesús...

V

PRÓLOGO DE BODAS REALES

Todo Madrid, y España entera, habían puesto su atención en el cuarto matrimonio que el *Deseado* monarca habría de celebrar con la princesa napolitana María Cristina de Borbón, hija de los reyes de las Dos Sicilias.

Preveníanse fiestas y regocijos, y ya es sabido que Madrid es buena tierra para echar en ella simiente de bureo.

No había más conversación que la de las bodas; ante tan fausto acontecimiento quedaron olvidadas las rencillas políticas, la tiranía del gobierno y las arbitrariedades del monarca que gobernaba a su antojo y capricho sin dársele un bledo de que hubiese *Constitución,* a pesar de haber dicho poco antes aquellas falsas palabras, que resultaron un padrón de ignominia.

—"Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional..."

Los periódicos venían llenos de laudos y poesías epitalámicas que querían ser flores de ingenio arrojadas a los pies de la reina nueva, y no eran sino misérrima y triste hojarasca de servilismo tirada sobre el infame solio del monarca déspota, cruel y ruin.

La corte llenábase de forasteros. y las calles engalanábanse para recibir a la bellísima princesa que habría de entrar en Madrid a celebrar sus bodas el 21 de diciembre de aquel año de 1829.

Ya era prólogo del espectáculo el salir a ver los arcos triunfales de las calles, con los inevitables tarjetones de Don Juan Bautista de Arriaza, en los que su estro poético, que era admirable en la sátira y la burla, poníase en bochornoso ridículo por querer adular a su *amo.*

Las fondas y mesones de Madrid llenábanse de huéspedes, para solaz de algunos e incomodidad de todos.

No hay que decir que la de *El Caballo blanco* fué de las más favorecidas, de suerte que estaban según el dicho vulgar *como gallinas en banasta.*

Los retratos de Cristina, en malas litografías, corrían tan profusamente de mano en mano como en el día del *Corpus* las aleluyas finas.

Rara era la casa en donde no privaba como cuadro de honor la imagen de la reina bizarra.

Ciertamente que si el original correspondía al traslado, no le faltaba razón a Ostolaza para dudar de la pujanza del regio marido, ya harto asendereada para meterse con probabilidades de triunfo en trance de tanto empeño. Era muy poco hombre para tanta mujer, y remataba en tono cínico y maldiciente.

—¡Cuerpo de Dios!, qué mujer me pierdo por no ser ni siquiera portero de escalera en el Real Palacio... .

***

Las mujeres peináronse y vistieron a lo Cristina.

En las perfumerías vendiéronse aguas, polvos y potingues bajo la advocación de la nueva soberana, y a más de las grotescas rimas del poetilla de cámara, salieron a la vergüenza pública innumerables poemas, en los que se cantaban las virtudes y excelencias de Cristina.

Mucha gente trasladóse al Real Sitio de Aranjuez para presenciar la entrada de la novia, y así todo el camino desde la Puerta de Atocha hasta los bellísimos vergeles que el Tajo baña, era como cauce de una populosa romería.

Alguno de nuestros amigos propuso seguir la misma huella, ya que el tiempo, a pesar de lo avanzado de la estación, convidaba a una jira campestre; pero el más sesudo de todos, que era el clérigo don Víctor, dijo que no había para qué tomarse esa impaciencia, pues que de allí a pocos días haríase la entrada en Madrid, y ésta sobrepujaría con mucho a todo lo que acaeciese en Aranjuez, además que exponíanse al retornar a la corte a encontrar tomados los hospedajes, pues ya sabíase muy bien que los venteros, hospedadores y fondistas no *casábanse con nadie* en tratando de hacer su Agosto.

Y esta razón, más que otra alguna, fué la que les contuvo.

Prosiguió, pues, la buena amistad de todos, y al cabo de una semana eran como camaradas que llevasen tratándose muchos años.

Paseaban juntos todas las tardes, y juntos volvieron todos a ver *La Pata de Cabra.*

VI

OTRA VEZ LA DAMA DEL PRADO

Habían terminado de comer, y disponíanse a salir en seguida para ver los últimos preparativos que hacían los obreros de la villa y los dependientes del comercio para el recibimiento de los regios esposos, cuya gozosa fiesta celebraríase en la mañana siguiente a hora de las diez, cuando de una de las mesas, puestas en el centro del comedor, alzóse una hermosísima mujer y tras ella un caballerete.

Todas las miradas hicieron blanco en la bizarrísima hembra.

Naturalmente que de los primeros fué el irresistible don Gabriel de Ostolaza.

—Pero, calle—dijo,—si es la misma que vimos en el Prado las tardes pasadas.

Todos asintieron, ménos el virtuoso don Víctor, que para no dar la más leve ocasión de triunfo al pecado mortal, tomó el breviario que había junto y buscó las páginas del rezo de la tarde.

Don Gabriel, don Joaquín, don Tomás y el sobrino de su tío acomodáronse bien en sus sillas para admirar a aquella soberana sin corona ni vasallos.

El *fru fru* de la rica seda de su falda era la marcha triunfal que loaba su hermosura.

El andar era tan gallardo como su persona.

A buen seguro que en la mañana siguiente no despertaría tanto entusiasmo y admiración la verdadera reina.

Sus hermosos ojos no parecían fijarse en nadie.

Caminaba altiva y severa como orgullosa de producir tan notable admiración.

Tras ella, indiferente y grave, marchaba el caballero, que más que esposo, marido o hermano, lo que quisiera ser, parecía paje, escudero, mayordomo o rodrigón.

No se sabe qué inspiró más, si lástima o envidia, pues ciertamente que era muy comprometido el ser dueño de tan valiosa joya.

Don Gabriel miróla cínicamente, como si quisiera clavarla con los ojos. Ella no hizo más demostración de la que con los demás admiradores había hecho.

Cuando la pareja desapareció por la angosta puertecilla que daba paso a los aposentos, dijo Ostolaza a sus camaradas:

—Cuando las cosas vienen rodadas... ¿Ha visto usted, don Joaquín?

—Vaya si he visto; qué niña. ¿Por qué no se me volverán así las pulgas de la cama?

—Porque no tiene usted gancho, amigo mío.

—¡Ah! Y ¿usted sí?

—Naturalmente. Pero ¿no ha visto usted qué graciosamente me ha desafiado con los ojos?...

El de Burgos, que en verdad había visto que la bizarra ni siquiera había pestañeado, no fué dueño de sí, y exclamó más que picado:

—Hombre, no sea usted ridículo...

Aún más picóse el otro con la repulsa del burgalés, al que replicó desta suerte:

—Pues yo le juro a usted, como esta es luz y ahora mismo es la una de la tarde, que ha respondido a la mirada mía, y mañana me dirá usted si tengo razón o no.

—Vamos — continuó el otro, — va usted hacerme creer que le ha dado pasión de ánimo y que va a venir a pedirle de rodillas que la libre de la opresión tirana de su marido, al uso de las nuevas novelas que nos vienen ahora de París, como los niños y las modas.

—Como ésas y mejores las tengo yo tirando piedras por la calle, no más que con mirarlas de soslayo.

—Sabe, amigo, que su tema me va poniendo en cuidado; creí que era una manía inocente y veo que es una enfermedad; hágame caso y póngase en cura.

La discusión iba tomando bríos y ya de las mesas cercanas comenzaba la gente a darse cuenta.

Don Víctor, un poco avergonzado, lo hizo notar; los contendientes bajaron la voz.

Ostolaza, poniéndose algo pálido al ver que tan testarudamente había quien osaba dudar de sus prendas, dijo:

—Usted pone en duda lo que digo,

porque no me conoce, y yo en su caso haría lo mismo; no es ocasión ahora para convencerle de hacer balance de mis aventuras y desventuras; pero ha herido usted mi amor propio, y yo le aseguro a usted que esa mujer será mía antes de que acabe esta semana.

La petulancia y aparente seguridad de sí mismo con que hablaba don Gabriel no sólo llevó nuevamente la sonrisa de la duda a los labios de don Joaquín, sino de los demás, viniendo a engrosar el grupo de los incrédulos otros dos caballeros de la mesa próxima.

Estos nuevos adversarios eran dos hombres de mediana edad, que por la riqueza de sus trajes sin duda alguna eran personas de viso; el uno de ellos vestía elegante frac azul con botones de oro, y la camisa, recargada de valiosas chorreras de encaje y almagreño, iba abrochada por riquísimos brillantes. El indumento del otro era una levita gris con esclavina, que también abrochábase con botones de oro.

Fijóse en ellos Ostolaza y dijo:

—Me place, señores, que ustedes también sean testigos de esta discusión, porque así lo serán después de mi triunfo.

—Con mucho gusto — respondieron los aludidos.

—¿Han oído ustedes bien de lo que se trata?

—Perfectamente, y con todo respeto, nos va usted a permitir que, como estos señores amigos suyos, dudemos del buen logro de sus propósitos.

Estas palabras eran una tea más arrojada a la hoguera en que ardía la loca vanidad del gaditano.

—Bien está—exclamó éste;—harto se ha divagado ya en vano; como tengo bastante confianza en mí, vamos, si ustedes gustan, a hablar en serio. Vale la pena.

—Veamos hasta qué punto puede llevarse esta conversación al terreno de la seriedad.

—Todo es relativo en la vida, y lo más trivial puede formalizarse.

—Hable usted.

—De los que nos hallamos aquí, todos, a mi juicio, somos gente de buen pasar. Vamos a jugarnos una cantidad respetable, a que esa mujer es mía antes de pasado mañana.

—Tiene usted ganas de perder el dinero, querido amigo—dijo el hidalgo burgalés;—por mi parte no tengo inconveniente, y le apuesto a usted veinte onzas.

—Van contra otras veinte; y para que juzgue usted si tendré absoluta confianza en mí, doblo la apuesta.

—Que acepto yo—dijo don Tomás.

—Y yo—dijeron los dos caballeros que habíanse acercado últimamente.

—Van, pues, jugadas ciento ochenta onzas sobre la virtud de una dama que probablemente será honesta.

—¿Quién es el depositario?—preguntó Medina;—¿el dueño de la fonda?

—Yo, si vale mi opinión—dijo Ostolaza,—no creo que debe ser así; al fin y al cabo trátase de gente que, como nosotros, le deja al hombre su ganancia, y, por lo tanto, no le está bien complicarle en una cosa que, de saberlo el marido, le pudiera costar caro.

—Ciertamente—apoyaron todos, y continuó don Gabriel:

—Me parece que sin salir del corro hay en él persona de autoridad bastante y digna de nuestros respetos que puede tomar a su cargo el empleo de ser depositario. Habrán ustedes comprendido sobradamente que la persona a quien me refiero no es otro que el virtuoso sacerdote don Víctor Damián; ¿quién mejor que él, que guarda las conciencias, sabrá guardar nuestro dinero?

El cura, que tal oyó, aunque muy absorto estaba en la lectura de sus devociones sin querer mezclarse des-

de el principio en aquella charla mundana, protestó vivamente:

—Señores, conmigo no cuenten para eso, y además les suplico que dejen ya ese empeño. Hasta aquí tenía entendido que no era ello más de vana palabrería con que distraíase la sobremesa; pero ya veo que este bueno de Ostolaza lleva las cosas más allá de su justo medio, y yo no lo puedo tolerar con mi presencia, y no es que yo me asuste; pero si al fin estuviéramos solos...

—Bien, señor don Víctor, déjese ahora de prediques que no se trata de esto—díjole el gaditano, — sino que, como amigo, se despoje de su carácter sacerdotal, en el que está muy bien y yo le elevo no menos que el arzobispo de Toledo, y por amigo se sirva guardarnos unas horas ese dinerillo a cada uno, hasta tanto que unos u otros vengamos por él.

—De ninguna manera — protestó amablemente el clérigo,—y siento que sea este el primer favor que me piden ustedes. Busquen otra persona; yo no puedo, no puedo ser agente (siquier sea pasivo) de la propagación del pecado. Si fuese para el bien, para atender a la caridad de tantos pobrecitos de Dios como hay en el mundo, nada hubieran tenido que pedirme; yo mismo les hubiera rogado de rodillas que me honraran con esta confianza.

—Vaya, todo se arregla si me autorizan estos señores. Aquí lo de menos es el dinero que va a cruzarse, sino la ocasión por que se cruza. Esas onzas, ya que según sus escrúpulos tienen por base el pecado, no le van a tener por cima. Nadie se va a lucrar con la ganancia; se la dejamos a usted para que la distribuya en los hospitales, casas de caridad o familias pobres, ¿conformes?

Don Joaquín, don Tomás y los otros dos dudaron un poco; pero antes de que dijesen palabra habló don Víctor:

—Siendo así, para beneficio de los desgraciados, conforme, y Dios en su día me lo tome en cuenta, si por ser apóstol de su divina religión hice mal.

Los otros asintieron, más que por verdadera conformidad a renunciar a la ganancia, por no hacer de menos a un ministro del Señor, que llevaba en el rostro la paz de los cuatro evangelistas.

—Conformes—dijeron los vecinos de mesa.—Pero con la condición de que tiene que ser en el plazo improrrogable de cuarenta y ocho horas.

—Exactamente. Antes de ese tiempo habrán perdido ustedes su dinero.

—Allá veremos.

—Subamos a nuestras habitaciones y quedará hecho ahora mismo el depósito.

Tomaron el último sorbo de café, alzáronse de las sillas y subieron a cumplir este menester.

VI

MIENTRAS COMIENZA LA APUESTA

En toda aquella tarde no volvió a verse al terror de Cádiz, como ya en son de mofa llamaban a Ostolaza sus adversarios.

A poco de haber dejado sus flamantes onzas depositadas en manos del clérigo, no sin librarse de que luego de recibirlas hiciérales éste un notable discurso moral de mucha salud para el alma y no menos tranquilidad para el cuerpo, sintióse en la puerta que ocupaba la hermosa dama la voz de su acompañante, que preguntaba:

—Matilde, ¿estás ya? Date prisa, que ya ha venido la carretela. Abajo te espero.

Ostolaza, que tal oyó, fuese para comenzar el asedio aquella misma tarde.

Su propósito era tomar un *simón* y seguir tenazmente a la feliz pareja.

Don Víctor dijo que tenía que hacer unas visitas imprescindibles para la mejor colocación del dinero, y así don Joaquín de Medina, don Tomás y los dos nuevos amigos fuéronse a pasear la corte y a poner en *berlina* al pretencioso enamorador.

La esperanza de la gran fiesta que habría de celebrarse en la mañana siguiente, presto les borró de la memoria a la dama, a don Joaquín y aun a las mismas onzas, a pesar de ser todas nuevas, recién acuñadas.

Quisieron tener la pueril vanidad de pasar ellos antes que los reyes por bajo de los arcos de madera y papel con que la villa de Madrid les ofrendaba, y comenzando por el de la Puerta del Sol, no perdonaron ninguno hasta dar en el primero que alzábase en Atocha.

Aquí quedaron pasmados, no tanto por el *buen gusto* artístico que imprimiera el arco don Francisco Xavier de Mariátegui, como la lozana inspiración del inevitable poeta circunstancial don Juan Bautista de Arriaza.

Ciertamente que aquellas leyendas eran para quedar perpetuamente esculpidas en piedra.

En la parte que miraba al Paseo del Prado decía:

«Del astro nuevo ante los rayos de oro
la Paz enfrena a las civiles furias;
la abundancia promete su tesoro
y la fecundidad, príncipe a Asturias.»

En la fachada que miraba al campo brillaba esta joya poética, ejemplo admirable mientras haya poetas en el mundo:

«Cristina llega; el público entusiasmo
aclama de su rey la dulce esposa;
mas, ¡ay!, los ojos gozan de otro pasmo;
la buscan reina y se la encuentran diosa.»

***

Luego de que hubieron satisfecho su dicha puerilidad, de la que, como personas de buen gusto, salieron un poco avergonzados, pues que en la *fábrica* de los famosos arcos estuvieron de acuerdo la estulticia de los arquitectos y la pedantería del poeta oficial, tornaron al Paseo del Prado por si hallaban al gavilán tras la paloma.

Más de tres veces anduvieron el amplio salón y no los hallaron.

—Sin duda no habrán venido—pensaban,—o se habrán metido en el *Tívoli*.

Estuvieron para ir, pero halláronse otros amigos, y cuando quisieron recordar hízose de noche, conque fué preciso que se separaran, pues que pensaban acudir a la función de fuegos de artificio en la Puerta de Atocha.

Llegaron muy a tiempo, y en verdad que hubieran sentido harto perder un solo número, pues el programa era sugestivo; de los que sólo se ven en las grandes solemnidades.

El más joven de los dos amigos que a última hora mezcláronse en la apuesta, explicaba a los otros el orden del espectáculo, y no parecía sino que le iba leyendo.

—Primero se despedirán sesenta voladores reales, doce torbellinos o salamandras, que girando sobre un eje harán su ascensión formando una columna de fuego chinesco.

Un obús de seis pulgadas de diámetro disparará alternativamente seis granadas, una de las cuales despedirá seiscientas luces y otras formarán una abundante lluvia de fuego.

Dos coronas, que después de varias mudanzas brillantes se dividirán en tres partes, para convertirse en dos obeliscos chinescos.

Un gran pabellón, también chinesco, que formará cinco arcos magníficos, en cuyo centro brillará una gran barandilla y encima la grande estrella del Norte.

Lo más bonito era la segunda parte. Sin duda no se había visto otro prodigio desde que hay pólvora en el mundo.

Vista de una fortaleza, en la que al sonar de los clarines y cajas se pondrá la tropa sobre las armas distinguiéndose en la ciudadela cuarenta o cincuenta hombres. Se irán aproximando los navíos de guerra con tres fragatas, haciendo al fuerte señales para que se rinda, y no queriendo, se iniciará el combate.

Se iluminará a un tiempo toda la muralla; los seis buques harán fuego por todas partes, y la tropa del castillo con la del desembarco. El fuego constará de mil quinientos tiros de fusil, saliendo de cada cañón una bala blanca del tamaño de una manzana, cediendo el triunfo al fuerte, cuyo comandante español mandará poner en señal de victoria la bandera real, a cuyo momento la ciudad y el muro se transformarán en un hermoso templo de la unión, de treinta pies de elevación y sesenta de longitud con todos sus correspondientes adornos... (1)

(1) Es copia del programa de fiestas del 13 de Diciembre de 1829.

La fiesta correspondió en todo los entusiasmos y buena voluntad de la gente, que hasta que no vió en m g.nificos colores de fuego las efigies de los regios esposos, dándose la mano, con lo que llegó a todo su apogeo el entusiasmo popular, no tuvo a bien marcharse en busca de la cena.

Nuestros amigos fuéronse camino de su posada, y fué su primer cuidado informarse de cómo iban las jornadas de la apuesta.

Aún no había llegado ninguno.

Don Gabriel, sin duda acuciaba tan de cerca a *su víctima,* que no la dejaba respirar.

Don Víctor andaría muy atareado, por hospitales y casas de misericordia.

Andresillo, el sobrino, estaría viendo por vigésima vez *La Pata de Cabra.*

Lo más acertado, puesto que el paseo habíales despertado muy bien el apetito, era esperarles cenando.

Y así lo hicieron.

VII

EL RESULTADO DE LA APUESTA

Durante la cena fué toda la charla empleada en hacer glosa y comentario de la apuesta.

Ostolaza era un buen muchacho, de notable distinción y peligrosamente simpático; no tenía más defecto que aquel condenado tema de creerse irresistible con el bello sexo y el pensar que todas las mujeres eran fáciles; fuera de esto, en lo poco que llevaban cultivando su amistad, una bellísima persona en toda la extensión de la palabra.

Casi estaban arrepentidos de la apuesta, porque tenían la seguridad de ganarla.

Aquella arrogante mujer era mucha hembra para conquistarla en tan corto plazo, no dirían que con tiempo por delante pudiera conseguirse; pero *llegar* y *besarla durmiendo,* como dice el adagio, sólo podía pensarlo un hombre tan jactancioso como el lechuguino gaditano.

Por cierto que no habían vuelto a ver al matrimonio.

No tenía nada de extraño; todo Madrid, fiestas y bureo andarían aprovechándose, que como parecían gente de dinero y entrambos eran jóvenes, tendrían lindo humor.

Quizás fueran al teatro del Prín-

cipe y hubiesen comido antes, porque la función comenzaba a las ocho y media en punto, y acaso Ostolaza se fué tras la huella. Justo. No podría ser de otra manera.

El mozo acercóse a servir otro plato.

Don Joaquín de Medina le preguntó:

—Dígame. ¡Esa señora guapa y el caballero que comieron esta mañana en aquella mesa, no vinieron aún?

—Sí, y se han marchado también.

—Al teatro, sin duda; por eso cenaron antes.

—No, señor, fuera de Madrid; recogieron sus equipajes, que por cierto no era más de un saquito de mano, y salieron en la posta de Andalucía.

—Hemos ganado la apuesta — exclamaron, llenos de júbilo, los otros. —¡Pobre don Juan, qué derrota ha tenido!

—Calma, señores, calma—aconsejó burlonamente don Joaquín;—quizás a nuestro amigo le haya sobrado tiempo, y a estas horas tenga escrito otro nombre más en la lista de sus víctimas. No estando aquí ella, no tardará en venir.

—No ensañarse con el vencido, que no es de almas cristianas—dijo don Tomás.

—¿Hablan ustedes del señor Ostolaza?—preguntó el mozo.

—Sí—le respondieron.

—Fuese también.

—¿Qué, se marchó?—preguntaron todos a coro.

—Sí, señores, en la misma posta—tornó a responder el fámulo.

—No—protestaron, — no, no entra en lo apostado; la cosa ha de ser en Madrid y con la brevedad que a él mismo le pareció bien marcarse.

—Acaso haya ido nada más que hasta Aranjuez—dijo el más joven; —como allá está estos días medio Madrid para ver a la reina nueva...

Mas el mozo implacable también echóles por tierra esta suposición.

—No, señores; las boletas que todos tomaron en *La Peninsular,* según dijo el sobrino de don Víctor, eran para Granada.

—Pero, don Víctor...

—También partió, y el señorito Andrés. Y, a la cuenta, llevaban mucha prisa, porque aunque tenían tiempo sobrado, ni aun quisieron esperarse a merendar.

—¡Maldición!—exclamaron los tres a coro.

—¿Pues qué les pasa?—inquirió el mozo.

—Que somos unos idiotas—respondió el burgalés,—pues nos hemos dejado timar como tres *pardillos.* Todos esos sujetos son una cuadrilla de bandoleros, y don Víctor el capitán de ellos.

—¡Ah!, ¿luego ustedes fueron los que apostaron, con el señor Ostolaza, por la conquista de la señora guapa e hicieron al cura depositario de la cantidad?

—Así fué, amable camarero.

—Pues, señores, con su permiso, pienso que no hay sino conformarse sin ir con el cuento a la Policía, porque atareada con esto de las bodas reales no tendrá tiempo que perder en buscarles su dinero, ni echar la zarpa a los bellacos. De más que con un poco de buena voluntad pueden ustedes dar la apuesta por perdida legalmente.

—¿Cómo?

—Ustedes ¿no apostaron por la conquista de una mujer?

—Sí.

—Pues, perdieron, porque ya era suya, y pienso que también de los otros dos bigardos, el que aparecía como esposo y el que las daba de clérigo, pero es que además de ésta, que no entra en la cuestión, aquí en secreto para nosotros, logró a la sobrina del fondista.

—Esa rubita tan linda, tan espiritual.

—¡Quién lo pensara! Tan difícil la juzgaba yo como a la otra.

—Pues, hagan cuenta que apostaron por ella, y así se les quitará el mal sabor del timo...

La filosofía era terminante y consoladora, y como no quedábales otro remedio, la aceptaron por buena, pero no pudieron borrar en todos los días de su vida la *piadosa* jugarreta del clérigo que vino a Madrid con pasaporte especial para ver *La Pata de Cabra*.

Diego San José.

En el próximo número se publicará la comedia en tres actos

EL BUEN ESPAÑOL

ORIGINAL DE

ANTONIO DOMÍNGUEZ

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD

PECHOS Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses, con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brún. ¡27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 ptas. frasco. **MADRID**, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; **ZARAGOZA**, Jordán; **VALENCIA**, Cuesta; **MURCIA**, Seiquer; **ALICANTE**, Aznar; **SEVILLA**, Espinar; **SAN SEBASTIAN**, Tornero; **VIGO**, Sádaba; **SANTANDER**, Sotorrio; **MALLORCA**, "Centro Farmacéutico"; **VALLADOLID**, Llano; **BILBAO**, Barandirán. Mandando 6'50 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, Barcelona, remítese reservadamente certificado. **Muestra gratis para convencimiento del éxito. Desconfiad de las imitaciones.**

DOLOR REUMÁTICO Nada como milagroso ACEITE DE BOMBAY, de fama mundial 69 años de excelentes resultados. **¡OJO CON MEDICAMENTOS INTERNOS QUE FATIGAN ESTÓMAGO O DAÑAN RIÑÓN!** *5 pesetas frasco.* Madrid, Gayoso y buenas farmacias. Remítese contra pts. 6. Representante: Pousarxer. Apartado 481. Barcelona.

Aceites y grasas lubrificantes

OLEO-MOTOR

Insuperable para el engrase de los autos

Correas de transmisión y algodones para máquinas

SUCESORES DE

E. Steinfeldt

Calle del Prado, núm. 15
Teléfono 984
MADRID

SUMMIT Tónico nervioso

Utilísimo a los convalecientes. Pedid prospectos.

El **SUMMIT** combate la Anemia, la Debilidad geneneral, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarios: Gayoso, Arenal, 2. Madrid. Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

SUMMIT Tónico nervioso

DEBILIDAD, NEURASTENIA
CONSUNCION, CLOROSIS
CONVALECENCIA

ANEMIA

VINO Y JARABE de **Hémoglobine Deschiens**

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre CURA SIEMPRE. Es muy superior á la carne cruda, á las carnoginosas, etc. Da salud, fuerza. — PARIS.

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.